

## CAPÍTULO XVII.

## § I.

## DIVINIDAD DEL HIJO DE DIOS.

Apénas hemos concluido nuestras alabanzas al Espíritu Santo, cuando volvemos nuestros ojos al Hijo de Dios, objeto de todo nuestro amor, y cuyo pensamiento es para nosotros inagotable fuente de consuelo y gloria.

Hoy venimos á ocuparnos en su infinita grandeza, á meditar su divinidad.

El Hijo de Dios, es Dios como su Padre: abrid los libros santos y hallaréis en ellos testimonios los más brillantes de esta verdad. El Señor me dijo: Tú eres mi Hijo: Yo te engendré hoy. (1) San Pablo nos dice que en esas palabras se trata del Unigénito de Dios. ¿A cuál de los ángeles dijo el Padre alguna vez: Tú eres mi Hijo: Yo te he engendré hoy? Y asimismo ¿Yo seré su Padre y el será mi Hijo. Los ángeles son llamados ministros, miéntras al Hijo dice el Padre: El trono tuyo oh Dios, subsistirá por los siglos de los siglos. (2)

Tenemos, pues, la paternidad, la generacion eterna, la filiacion, y la divinidad: Yo te engendré hoy; esto es, desde la eternidad, ántes del lucero de la mañana, desde los mismos dias de la eternidad. (3) La eternidad es hoy, porque no tiene pasado ni futuro; por lo que,

(1) Ps. II. 7. (2) Heb I. 5 et seq. (3) Ps. CIX. 3. Mich. V. 2.

Dios expresa su Sér inmutable y eterno, con estas palabras. Yo soy el que soy: El que es me envió á vosotros. (1)

La eterna generacion de que hablamos, no es metafórica, sino propiamente dicha; pues el Hijo es engendrado de la sustancia misma del Padre. Y tal generacion es singular: Tú eres mi Hijo, no adoptivo, sino natural, unigénito.

En la generacion se incluye la paternidad y la filiacion; y una y otra es verdadera y real, como lo es aquella; y como esta misma, perfecta y eterna.

Finalmente, la divinidad se expresa en estas palabras que sigue refiriendo el mismo apóstol: Tú eres oh Señor! el que al principio fundaste la tierra, y obras de tus manos son los cielos. Ellos perecerán, mas Tú permanecerás, y todos como vestido se han de envejecer; y como un manto los mudarás, y quedarán mudados; pero Tú eres para siempre el mismo, y tus años nunca se acabarán... Dios no sujetó á los ángeles el mundo venidero..... Mas todas las cosas las ha sujetado á los piés de su Hijo. Y si todas le están sujetas no existe alguna que no le haya sometido. (2)

Dios, pues, es el trono del Hijo (3) por los siglos de los siglos; y por lo mismo, Dios como su Padre, siempre, desde la eternidad. Hijo que crió la tierra en el principio, y que permanece siempre el mismo, miéntras los cielos se mudan como un vestido; Hijo á cuyos piés puso todas las cosas el Divino Padre.

Las palabras referidas nos descubren la excelencia del Hijo de Dios sobre todos los ángeles; excelencia de

(1) Exod III. 14. [2] Heb I. 10, 12.—II. 5, 8. [3] Cerboni.

origen porque es Hijo natural; de dominio en cuanto es heredero; de operacion porque hizo los siglos; y de honor porque está sentado á la diestra del Padre. (1)

Cierto es que los ángeles son llamados hijos de Dios; (2) mas ved la diferencia entre ellos y el Unigénito del Padre; Unigénito que ha recibido por herencia, un nombre distinto y más excelente, el de Hijo por naturaleza: Tú eres mi Hijo: Yo te engendré hoy. Mas los ángeles son, únicamente, hijos adoptivos.

En esas divinas palabras que nos revelan la generacion del Verbo, el Padre dice hoy, para indicar la eternidad que no pasa, como el tiempo; mas existe toda juntamente. Y añade: Te engendré, para mostrar que tal generacion es perfecta. (3)

El Hijo de Dios en las divinas escrituras es llamado Dios como su Padre, segun ya lo hemos visto; igual al Padre; se le da el mismo poder y virtud, el mismo culto, la misma adoracion que al Padre; y se le presenta superior á toda criatura: Dijo el Señor á mi Señor: siéntate á mi diestra. (4)

Uno y Otro, pues, el Padre y el Hijo, son igualmente Señor, y por tanto, un mismo Dios. Y así como el Hijo se sienta á la diestra del Padre, así tambien el Padre tambien se encuentra á la diestra del Hijo: ese asiento es el mismo, donde se halla la misma grandeza, la eterna y perfecta virtud. (5)

Abramos ya el nuevo Testamento, oigamos á San Juan: En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios. Él estaba, en el principio en Dios. Por Él fueron hechas todas las co-

[1] Id. [2] Job I. 6. [3] D Th. híc. [4] Ps. CIX. 1. [5] V. 5. D Chrysol, Serm 58.

sas; y sin Él no se ha hecho cosa alguna de cuantas han sido hechas. (1)

¡Admirable belleza de lenguaje, maravillosa elevacion de la divina ciencia! ¿no veis en tales expresiones, la igualdad del Hijo con su Padre; la misma esencia en Uno y Otro, el poder y la grandeza misma?

Allá en la eternidad, sólo Dios existe; y con todo, el Verbo existe siempre en el seno de su Padre; es, por lo mismo, Dios con ese Padre que jamas lo ha sido sin el Hijo.

¿Quereis entender por el principio, el de todas las criaturas, el instante primero en que salen de la nada? (2)

Pues aún así, ya entónces era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios.

Y ¿no se ha dicho tambien, que por el Verbo fueron creadas todas las cosas? Él, por lo mismo, no es criatura, y á todas las precede, porque es eterno.

Todas las cosas fueron hechas por el Verbo; esto es, las criaturas todas; y por esto no ha sido hecho Aquél por quien fueron hechas todas ellas; y si no ha sido hecho, no es criatura; y no siéndolo es de la misma sustancia con el Padre; porque toda sustancia que no es Dios, es criatura, y la que no es criatura es Dios. Pero si el Hijo no fuese de la misma sustancia del Padre, seria de una sustancia criada; y por tanto, no habrian sido hechas todas las cosas por Él mismo; mas el Evangelio nos dice lo contrario; tiene, por tanto, la misma sustancia con el Padre. (3)

El hermoso texto de San Juan que nos ocupa, des-

(1) I. 1. 3. (2) Ita Arrius. ap. D. Th. in Joann. c. 1. (3) D. August. De Trinit. L. 1. c 6.

truye por completo, el error de los arrianos. Decían éstos, que el Padre era mayor que el Hijo, por la eternidad y la divinidad; mas en el principio era el Verbo antes de todos los siglos, más allá de todos los tiempos. Desde que Dios existe, nunca el Padre estuvo sin el Hijo, pues el Verbo estaba en el principio en Dios; y como entonces sólo Dios podía existir, el Verbo era Dios.

La eternidad y la omnipotencia son atributos del gran Dios, que Arrio concedía no más al Padre; pero el Evangelio nos descubre que el Verbo es no sólo eterno, como lo hemos visto; sí que también omnipotente: Todas las cosas han sido hechas por Él. Ser principio de todas las criaturas es propio del gran Dios omnipotente, según estas palabras de los libros santos: El Señor ha hecho todo lo que quiso, en el cielo y en la tierra, en el mar y en todos los abismos. (1)

En el poder infinito del Divino Verbo, que nos indican las palabras dichas, descúbrese también, su eternidad; pues si todas las cosas fueron hechas por Él, lo fué también el tiempo; y por lo mismo, no hubo tiempo alguno, antes que Él, ni con Él tampoco; puesto que existía antes de todas las cosas. (2)

La eternidad, la omnipotencia del Divino Verbo, brillan, pues, en esas hermosas palabras; y ved cómo también nos descubren, que Él es consustancial al Padre. Si todas las cosas fueron hechas por el Verbo, luego no fué hecho el mismo Verbo, de lo contrario lo hubiera sido por otro Verbo, pues todas las cosas fueron hechas por el Verbo: y así tendríamos otro Verbo,

(1) Ps. CIV. 6 D Th. In Joann. L. 2. (2) Id.

criador de Aquél de quien habla el Evangelio; mas esto no es posible, porque ese Verbo es el Unigénito de Dios, Criador de todo; y no criatura, y por tanto, de la misma sustancia con el Padre, puesto que fuera de la divina esencia, toda sustancia ha sido criada; y la que no es criatura es Dios, consustancial al Padre, igual al Padre, coeterno al Padre. (1)

Hé aquí otras palabras del mismo Hijo de Dios, que nos revelan su divinidad: Yo y el Padre somos una misma cosa. (2) Si dos son una misma cosa, si esas dos personas son uno por la esencia, tenemos la distinción de las personas, y la unidad de la naturaleza: son dos porque es el Padre, y el Hijo: uno porque Dios es uno. De otra suerte hubiera dicho el Salvador: Yo soy el Padre: Yo y el Padre soy; mas la primera dicción, uno, nos revela la divinidad, y somos nos descubre las personas. (3)

El Divino Verbo nos dice absolutamente, y sin añadir explicación, que Él es una misma cosa con su Padre; y así como el sér no se dice simplemente sér, sino según la sustancia; tampoco decimos una misma cosa, simplemente, sino según la sustancia: y por lo mismo, las palabras dichas: Yo y el Padre somos una misma cosa, nos descubren la unidad de naturaleza. [4]

Antes había dicho el Salvador: Lo que me ha dado el Padre lo sobrepuja todo; y nadie puede arrebatarlo de mano de mi Padre. Y añade: Mi Padre y Yo somos una misma cosa, esto es, en cuanto me ha dado la naturaleza divina que todo lo aventaja. [5] Finalmente, en este mismo pasaje hallamos que nadie

(1) D. Th. hic. (2) Joann. X, 30. (3) Athanas. Orat. 4. Contr. Arian. n. 9. (4) D Th. in hunc loc. (5) Id.

arrebatará las ovejas de manos del Hijo, porque recibió del Padre lo que es mayor que todo. Es la mano del Hijo la que recibió del Padre; la que dió á su Verbo; y ¿cómo no son arrebatadas las ovejas de la mano del Hijo si no lo son de la del Padre? ¿lo preguntais? pues oid: Yo y el Padre somos una misma cosa. (1) La mano del Hijo es la del Padre.

Quando el Divino Salvador pronunció esas hermosas palabras: Yo y el Padre somos una misma cosa, los judíos quisieron apedrearlo; y el Señor les dijo: Muchas buenas obras he hecho delante de vosotros por la virtud de mi Padre, ¿por cuál de ellas me apedreais? Ellos contestaron: No te apedreamos por ninguna obra buena, sino por la blasfemia; y porque siendo Tú como eres, hombre, te haces Dios. Entendian, pues, las palabras del Señor, de la unidad de naturaleza con su Padre; y el Divino Verbo, en lugar de rechazar esa inteligencia, la confirma diciendo: ¿No está escrito en vuestra ley: Yo dije, sois dioses? Pues si llamó dioses á los que habló Dios, y no puede faltar la Escritura, ¿cómo de Mí, á quien ha santificado al Padre, y enviado al mundo, decís vosotros que blasfemo, porque he dicho, soy Hijo de Dios? Si no hago las obras de mi Padre, no me creais. Pero si las hago, cuando no queráis darme crédito á Mí, dádselo á mis obras, á fin de que conozcais y creais que el Padre está en Mí y Yo en el Padre. [2]

El Padre santificó al Hijo cuando lo engendró, pues engendrándolo, le dió que fuese santo; pues que santo lo engendró; y si lo que se santifica ántes no era san-

(1) D. Hilar. L. 7. De Trinit. n. 22.—Chrysost. hom. 60. In Joann.  
(2) Joann. X. 31, 38.

to, ¿cómo decimos al Padre: Santificado sea tu nombre? [1]

Oigamos otra vez al amado discípulo y á San Pablo: Sabemos que vino el Hijo de Dios, y nos ha dado discrecion para conocer al verdadero Dios, y para estar en su Hijo verdadero. Éste es el verdadero Dios y la vida eterna. Jesucristo es Dios bendito sobre todas las cosas por siempre jamas. La gracia del Dios Salvador Nuestro, ha iluminado á todos los hombres, enseñándonos, que renunciando á la impiedad y á las pasiones mundanas, vivamos sobria, justa y piadosamente, en este siglo, aguardando la bienaventuranza que esperamos, y la venida gloriosa del gran Dios y Salvador nuestro Jesucristo. (2) El Dios verdadero, el Dios que existe sobre todas las cosas, el gran Dios; ¿pudiera convenir, ni dársele nunca, tan gloriosos nombres, al Hijo del Eterno, si no fuese igual á su Padre, y con Él un mismo Dios? Por esto, todos deben honrar al Hijo como honran al Padre; y quien al Hijo no honra, no honra á su Padre. (3)

Que todos los reyes le adoren, que todas las gentes le sirvan; (4) mas ¿qué decimos? que le adoren tambien todos los ángeles de Dios: sí, esto es lo que el Padre dijo al introducir á su primogénito en el mundo: Adórenle todos los ángeles de Dios. (5)

Oid, pues, cómo cantan la gloria del Hijo de Dios, los cielos que son la obra de sus manos; la tierra que fundó; y aún los abismos, de cuyo seno, sin cesar está saliendo, un himno de alabanza y bendicion á la grandeza del Divino Verbo. ¿Qué nos resta, pues, sino so-

(1) D. August. Tracto 48. in Joann.—Gotti. [2] I. Joann. V. 20—Rom, IX. 5.—Tit. II. 11, 13. [3] Joann. V. 23. (4) Ps. LXXI. 11. (5) Heb. I. 6.

lamente unir nuestras voces al concierto universal de las criaturas, para rendirle la gloria que podamos? Toda criatura, nos dice el gran Apóstol, doble la rodilla en el cielo, en la tierra, y en el infierno; y toda lengua confiese, que el Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre. [1]

El corazón se siente lleno de consuelo, descansamos dulcemente, á los pies del Hijo del Eterno. Él es grande, inmortal, omnipotente, y está sentado á la diestra de la majestad de Dios; y con todo, entre los bellos resplandores de divina gloria que lo cercan, nos dice así: Yo amo á los que me aman..... conmigo están las riquezas y la gloria, la opulencia y la justicia. Valen mis frutos más que el oro y las piedras preciosas; y mis producciones sobre la más acendrada plata. Yo camino por las sendas de la justicia, por las vías de la rectitud, á fin de enriquecer á los que me aman y llenar sus tesoros. El Señor me tuvo consigo al principio, antes que criase cosa alguna. Desde la eternidad tengo Yo el principado de todas las cosas, desde antes de los siglos, primero que la tierra fuese hecha. Todavía no existían los abismos, y Yo estaba ya concebido: aún no habían brotado las fuentes de las aguas, ni estaba sentada la grandiosa mole de los montes, ni aún había collados; cuando Yo había nacido: aún no había criado la tierra, ni los rios, ni los ejes del mundo. Cuando Él extendía los cielos, estaba Yo presente: cuando con ley fija encerraba dentro de su ámbito los mares; cuando estableció en lo alto las regiones etéreas, equilibrando los manantiales de las aguas;

(1) Philip. II. 10, 11.

y señalando al mar sus términos, é imponiendo á las aguas que no traspasasen sus límites; y asentando los cimientos de la tierra: con Él estaba Yo disponiendo todas las cosas: y me deleitaba diariamente regocijándome en su presencia en todo tiempo: regocijándome en la creación del universo; y eran mis delicias el estar con los hijos de los hombres. [1]

¿No serán las nuestras el estar con el Hijo del Eterno, y amarle con todo el corazón? Él nos ha descubierto su grandeza; pero ha velado el brillo de su gloria para no deslumbrar nuestras miradas; su amor y su bondad por decirlo así, la rodean por todas partes: Yo amo á los que me aman: tengo conmigo riquezas y gloria, opulencia y justicia; y á los que me aman les daré tesoros; y tengo mis delicias con los hombres... ¿Y no amáramos al que así nos ama? ¿quisiéramos acaso, negarle el corazón? Ciertamente la bondad y grandeza del Verbo del Señor nos dejan confundidos, cuando inclinado hácia nosotros quiere que lo amemos... El hombre, miserable y nada ¿podrá aumentar el eterno y soberano gozo que tiene en el seno de su Padre? ¿ó añadirá siquiera un rayo, al esplendor de su divina gloria? y sin embargo, se regocija en la presencia de su Padre, y también, tiene sus delicias con nosotros. ¡Ah! es inefable su bondad sagrada, y el hombre no comprende la ternura con que le ama el Hijo excelso del Divino Padre. Mas nos rinde, y quedamos presos con las cadenas de su santo amor. Lo amamos, sí, por que nos ama, por su inefable y celestial bondad, por su grandeza y soberana gloria, porque es igual á su Divi-

(2) Prov. VIII. 17. 31.

no Padre. Una y otra vez decimos que lo amamos; y estas palabras que salen de los labios, y los afectos que le manda el alma, avivan más y más nuestro cariño; y no queremos ya, sino vivir por Él; pensando siempre en su ternura inmensa, amar siempre su bondad divina, cumpliendo en todo tiempo su adorable y perfecta voluntad; no queriendo conformarnos con este siglo, ántes bien trasformarnos con la renovacion de nuestro espíritu, á fin de acertar qué es lo bueno, y lo más agradable, y lo perfecto que Dios quiere de nosotros. [1]

## § II.

Si los libros santos rinden los más brillantes testimonios á la divinidad del Hijo de Dios, la razon también nos dice lo mismo.

Dios es un Sér infinitamente perfecto; y es por consiguiente, indivisible su divina esencia; y así al comunicarla, á su Amado Hijo, la comunica íntegra y perfecta; el cual por esto, es Dios como su Padre, pues que ha recibido todo el Sér de Dios.

Todo hijo es engendrado de la sustancia de su Padre; mas en la generacion de las criaturas hallamos mil defectos que no pueden convenir á Dios que es eterno, infinito y perfecto.

El Padre terreno comunica al hijo, una parte de su propio sér: y al comunicarlo lo divide; y puede comunicarlo á muchos hijos: siendo la generacion un acto transitivo, y en que se ignora quién es el sér que viene á la existencia.

Lo dicho nos revela la imperfeccion de los hijos de

[1] Rom. XII. 2.

los hombres: son imperfectos como aquéllos que les dan la vida; mas Dios al dársela á su propio Hijo, ni divide su Sér, ni separa á su Hijo, ni engendra á otro alguno, ni pasa jamas ese acto divino; y lo engendra sabiendo quien es el que sale de su eterno y adorable seno, donde siempre se halla el que fué engendrado en los vivos resplandores de la santidad. Y siendo indivisible la naturaleza divina, si por medio de la generacion se comunica, debe comunicarse enteramente. Y ved al Hijo del Eterno, brillando ya, con el poder, y la grandeza, y la gloria, y la esencia misma de su Padre. Dios de Dios, luz de luz, Dios verdadero de verdadero Dios.

Si el Hijo de Dios fuera menor que su Padre, tendríamos un absurdo inadmisibile, una contradiccion en los mismos términos. Siendo Hijo debe tener la misma naturaleza de su Padre; y siendo inferior sería distinta; pues todo lo que es ménos que Dios es diferente de Dios mismo.

Ved esto también, aplicado á la simplicidad de la esencia divina. La esencia divina es simplísima; y si el Verbo del Padre le fuese inferior, aquel divino atributo, la simplicidad quedaria destruido; pues en la naturaleza del Padre y del Hijo, que por esta relacion es la misma, tendríamos la divina como se supone, y otra, distinta por su esencia como que le era inferior.

El Padre por su misma infinidad y perfeccion absoluta, es incapaz de aumento y progreso, porque nada puede agregarse al Sér divino; mas por un instante suponed que el Hijo es inferior á su Divino Padre, ved en seguida que aumenta el infinito, y progresa el que es por esencia perfecto; pues tenemos dos elementos, por explicarnos así, que no pudiendo ser uno mismo

en razon de su principio, como que uno es infinito, y otro es inferior, nos dan por resultado el aumento y progreso, pues siendo una misma en todo Padre la naturaleza que tiene con el Hijo, cuando esta tiene lo que no ha tenido de sí misma, aumenta y progresa. Tal resultado nos daría la inferioridad del Verbo del Señor; recibe la naturaleza de su Padre, que es infinita; y sale, en el supuesto dicho, con otra inferior: ¿quién se la ha dado? ¿de quién la ha recibido? Y ved aquí otro absurdo que no podrá explicarse: ese aumento disminuye, y ese progreso no avanza. Y pues el Hijo todo lo recibe de su Padre por generacion, tendrá este Padre dos naturalezas, la divina y otra inferior. ¡Oh, cuánta es la necesidad que tenemos de admitir la igualdad del Hijo con su Divino Padre!

En toda naturaleza intelectual es necesario poner la palabra, nos dice el Ángel de la Escuela, (1) porque de la razon del entender es que el entendimiento forme algo, entendiendo; y lo que se ha formado es la palabra; palabra que es más ó ménos perfecta segun lo fuere el entendimiento de que procede. Ahora bien, Dios es la inteligencia infinitamente perfecta, y siempre en acto, y por lo mismo, su palabra lo es también; por esto no es transitoria como la del hombre, ni puede ser sino una sola, porque es perfecta; y la mirada de Dios lo abarca todo; y es, en fin, palabra sustancial, porque en Dios no caben accidentes; y subsiste porque así lo pide la perfeccion infinita de quien habla.

Y esa palabra de Dios, eterna, infinita, sustancial, y

(1) In Joann. c. 1. L. 1.

perfecta, es el Hijo del Eterno.

El Padre se conoce á Sí mismo con infinita perfeccion, y al conocerse engendra á su Divino Verbo; y como aquel conocimiento es perfectísimo y eterno; así también lo es la palabra, que de El procede. La imperfeccion de esta palabra, probaría la imperfeccion del Padre, pues ella expresa lo que conoce el mismo Padre; y por tanto, si no expresase, enteramente, todo el Sér de Dios, tampoco el Padre lo hubiera conocido enteramente. Y siendo inadmisibile semejante absurdo, resulta que el Hijo tiene toda la ciencia de su Padre, y por lo mismo, su grandeza, y su gloria, su poder y su esencia; y es un mismo Dios con El; igual al Padre, y digno como el Padre de la bendicion y gloria de todas las criaturas, por siempre jamas.

¡Qué consuelo tan santo y puro, y qué inefable y soberano gozo siente el alma cuando piensa en la divinidad del Hijo de Dios! Prorrumpimos en voces de júbilo, no nos cabe el contento en el pecho; es preciso deshaogar un instante los ardientes incendios que nos están quemando con sus vivas llamas. Te alabamos, decimos al Hijo de Dios, con los acentos de un himno sagrado, te bendecimos, te adoramos, te glorificamos, te damos gracias por tu inmensa gloria. Sí, le damos gracias una y otra vez, por su inmensa gloria; y nos sentimos llenos de consuelo y satisfechos. ¡La gloria del Hijo de Dios, bendito por los siglos! tiernísimo y sagrado objeto de nuestros amores, encanto del alma, dulzura inefable y divina, delicias bajadas del cielo. El Hijo de Dios, ¿no es Él, por ventura, nuestro tierno y

querido Señor? ¿no es Él, á quien buscan los afectos más puros del alma? ¿No es El á quien van dirigidos los suspiros que salen del pecho? Contigo ha hablado mi corazón: en busca de Ti han andado mis ojos. Oh Señor: tu cara es la que yo busco. (1) Y al verlo sentado en el trono de Dios, igual á su Padre, y gozando con El, de dicha infinita, rendida nuestra alma, se postra á sus piés; de nuevo bendice, de nuevo lo adora, y á pesar de su nada, humilde y alegre se goza, en el Hijo bendito del Dios soberano, á quien sea toda gloria y honor, lo mismo que al Padre y al Don adorable que de ámbos procede.

## CAPÍTULO XVIII.

### § I.

#### DIVINIDAD DEL ESPÍRITU SANTO.

El Espíritu Santo, ved cuál es ahora el sagrado y dulce objeto de nuestras reflexiones. Su solo nombre nos es bastante para sentir al punto el alma entera, inflamada en el fuego de su santo amor. Queremos pensar en su grandeza, y tributarle honor y gloria; y ¿no es Él mismo quien nos ha inspirado tan santos y hermosos pensamientos? y como El es un fuego de infinita caridad, no es extraño que su amable y dichosísima presencia nos queme, nos abraze y consuma. ¡Oh amorosas y sagradas llamas del que es el amor del Padre y del Hijo! ¡quién pudiera vivir eternamente abra-

(1) Ps. XXVI. 8.

sado en tan divino incendio! Nacimos y vivimos para Dios, y por esto suspiramos por quien es la vida de nuestra alma, nuestra eterna y soberana dicha.

El Espíritu Santo es un solo Dios con el Padre y el Hijo con los cuales lo adoramos juntamente. Los libros santos nos dan el más claro testimonio de su divinidad.

Abrid el Génesis. En el principio crió Dios el cielo y la tierra..... y el Espíritu de Dios era llevado sobre las aguas, (1) Hé allí la creación del cielo y la tierra; mas ¿dónde hallamos la del Espíritu Santo? Aparece sobre las aguas para darles fecundidad, no para recibir la existencia en el tiempo; la que, desde la eternidad ha recibido del Padre y del Hijo; no por creación; sí porque de ellos procede: y las palabras dichas, nos revelan solamente, la unidad de acción de las tres personas. Glorioso es, por tanto, é irrecusable, el testimonio que nos dan, al decirnos que sobre las aguas era llevado el Espíritu Divino.

Si despues de Moises oimos á David, él nos dirá: El Espíritu del Señor habló por mí; su palabra ha estado sobre mi lengua. Es el Dios de Israel quien me ha hablado: el Fuerte de Israel es quien habla. (2) Mas ántes que entremos en materia, es indispensable manifestar que Él es una verdadera persona, realmente distinta del Padre y del Hijo.

Cuando el Hijo de Dios recibió el agua del bautismo en el jordan, se abrieron los cielos, y se vió bajar al Espíritu de Dios á manera de paloma, y posar sobre Él. Y oyóse una voz del cielo que decía: Éste

(1) I. 1. 2. (2) II. Reg. XXIII. 2. 3.